

AGENDA CIUDADANA

PARA HABLAR DE POPULISMO, HAY QUE CONOCERLO

Lorenzo Meyer

La Guerra de los Conceptos. La lucha electoral bien puede llegar a ser analizada como una guerra por otros medios. Ese pareciera ser al menos el caso en México hoy. En este tipo de combate político los conceptos suelen ser usados no como instrumentos de explicación sino como obuses de la artillería ideológica para destruir las defensas de legitimidad del enemigo, en preparación para el asalto final. Un buen ejemplo actual es el caso del “populismo”.

Desde la perspectiva de la derecha, acusar a alguien de populista es otra forma de llamarle demagogo y descalificarlo de entrada. Por cierto, que el término demagogo, tiene la misma raíz etimológica que el concepto político que hoy más valoramos: democracia (*demos* significa pueblo y *agogos* conductor). Y la verdad es que en la democracia siempre puede surgir la demagogia, pero puede hacerlo con igual facilidad desde el populismo que desde el antipopulismo, de la izquierda que de la derecha. Pero volvamos al punto de partida: una discusión sobre la naturaleza histórica del populismo podría llevarnos no sólo a entender mejor su contenido, sino que se podría concluir que, en si mismo y en el origen, el populismo no fue lo negativo que hoy se pretende. Incluso podría llegar a argumentarse que no sería dañina una cierta dosis de populismo en el México de hoy.

Narodnichestvo (Populismo). Los *narodniki* o populistas rusos tienen sus raíces en la Rusia zarista de los 1840 y 1850, justo cuando ese gran pero atrasado imperio, encabezado por Nicolás I y por su sucesor, Alejandro II, intentaba compaginar la administración de un sistema casi feudal con la introducción y las disrupciones

propias del capitalismo y la modernización económica. La gran masa rusa era campesina y la pobreza extrema fue la característica de la vida rural antes y después de la emancipación de los siervos. Ya que, para el Estado zarista, el futuro estaba en los ferrocarriles y la industrialización, acabó por dejar al campo –al grueso del país- a su propia suerte y concentró sus recursos e interés en la sociedad urbana.

Fue en esas condiciones extremas que surgieron los primeros populistas. No eran campesinos sino jóvenes ciudadanos, educados –parte de la *intelligentsia*-, llenos de pasión por la cultura eslava y de proyectos altruistas de transformación social, con los que se proponían no solo sacar a los campesinos –la esencia de la cultura y la nación rusas- de sus condiciones de pobreza y explotación sino lograr que el país pasara directamente al socialismo, preservando las formas comunales de propiedad –la *obshchina*- y combinándolas con una industrialización no capitalista.

El movimiento populista ruso tuvo múltiples organizaciones y dirigentes –el más conocido es Mikhail A. Bakunin, un anarquista, cuyo conflicto con Carlos Marx fue legendario y dividió a la izquierda de mediados del siglo XIX- que sin embargo, pese a su dedicación y sacrificio, no logró convertir al campesinado ruso en la fuerza revolucionaria que la teoría populista suponía. La dificultad de la empresa llevó al movimiento populista –que era lo mismo político que cultural y artístico- a divisiones y a proponer la violencia selectiva contra los dirigentes políticos como el detonador de la revolución y el cambio. Así, mientras uno marcharon por la vía del “populismo liberal” y legal otros marcharon por la del “populismo revolucionario”, clandestino, que en 1881 acabó con la vida del zar Alejandro II.

Los populistas rusos confiaban en la bondad intrínseca de su causa. Una de sus organizaciones “Tierra y Libertad” encontraría eco en el México zapatista que

redactó el Plan de Ayala, lo que no hubiera sorprendido mucho a sus creadores. Sin embargo, en Rusia el papel del populismo se agotó al inicio del siglo XX, justo cuando la Revolución Mexicana se desató e hizo realidad la reforma agraria. Fue entonces cuando un nuevo grupo de revolucionarios que confiaban más en el proletariado que en el campesinado como fuerza revolucionaria -los bolcheviques- terminaron por adueñarse de la iniciativa de cambio radical en la vieja Rusia y su triunfo fue el final del populismo. El régimen soviético no traería grandes ventajas a un campesinado que desde hace tiempo dejó de ser punto de referencia para el futuro de Rusia.

The People's Party of the USA. No deja de llamar la atención que el segundo lugar donde surgió un poderoso movimiento populista haya sido en los Estados Unidos. Este movimiento que cristalizaría en la *Southern Alliance* y que llegaría a tener una membresía de 1.2 millones, organizó básicamente a granjeros desde Georgia hasta California, desde las Dakotas hasta Nuevo México. Fue una reacción del pequeño productor blanco y protestante a la inequidad social provocada por el “capitalismo salvaje” que privó en Estados Unidos después de la Guerra Civil.

Los granjeros, y en cierta medida los obreros, que formaron y alimentaron el movimiento populista –aquí, a diferencia de Rusia, los intelectuales no tuvieron un papel destacado- consideraron que las políticas económicas de fines del siglo XIX favorecían casi exclusivamente a banqueros, ferrocarrileros e industriales y empobrecían a los verdaderos productores de la riqueza de la nación: granjeros y obreros. Y los inconformes no hablaban de memoria: entre 1870 y 1890 el índice de precios de los productos agrícolas cayó en 37%.

El proyecto populista norteamericano no era revolucionario. Buscaba que el gobierno acuñara monedas de plata para tener mayor circulante y la cooperativa de

productores era vista como el medio idóneo para defender al agricultor e incluso al obrero. La propiedad pública de ferrocarriles, telégrafos y teléfonos aseguraría que éstos sirviesen al interés colectivo y no al de un puñado de especuladores. El gasto en educación era considerado como el medio apropiado para que el progreso llegara efectivamente al ciudadano promedio. Los populistas no veían con buenos ojos a los “lobbyistas” de los grandes empresarios en Washington y en cambio demandaban del gobierno ayuda para el granjero endeudado con los bancos.

El movimiento populista desconfiaba de los partidos tradicionales y por eso dio forma a un partido propio: *The People's Party of the USA* (PPUSA). Los populistas eran racistas pero apoyaban el sufragio femenino y en sus filas recibieron a blancos agnósticos e iconoclastas. Pese a enfrentarse con los intereses del gran dinero, lograron elegir gobernadores en Colorado y Kansas. Para aumentar su influencia se unieron en 1896 con el Partido Demócrata para apoyar un candidato común: William Jennings Bryan, pero el costo fue diluir su programa (de todas sus demandas sólo mantuvieron la de la acuñación de la plata, cosa que al México de esos años, gran exportador de plata, le convenía). La derrota de Bryan tuvo mucho que ver con el miedo que despertaron en las clases medias y altas norteamericanas las propuestas de “locos y herejes”, como fueron calificados los populistas por la prensa del “establecimiento”. La derrota electoral del PPUSA fue el principio del fin del populismo norteamericano, aunque la plataforma política del presidente Woodrow Wilson –“La Nueva Libertad”- que le llevó a la victoria en 1912 tuvo claros ecos de las quejas del populismo contra un gobierno federal al servicio de los grandes intereses económicos. Veinte años más tarde, el “Nuevo Trato” de Franklin D. Roosevelt, recogió jirones de las banderas populistas.

Al final, los dos populismos originales fracasaron en su intento de remodelar sus respectivas sociedades. El ruso fue combatido a muerte por el zarismo y, finalmente, rebasado por la izquierda bolchevique; el norteamericano fue víctima del miedo de la clase media y alta y de la cooptación por los “progresistas” del Partido Demócrata. Sin embargo, el discurso de ambos populismos, con su fuerte carga moral, sigue resonando en esta época donde un nuevo “capitalismo salvaje”, el ligado a la globalización, a los imperativos del mercado y protegido por gobiernos serviles a los poderes de facto –bancos, monopolios de todo tipo y especuladores-, ha creado de nuevo las condiciones para que sea reformulado y vuelva a ser escuchado por las víctimas de una modernidad selectiva e injusta.

En fin y para concluir, el populismo nació en la izquierda y como una reacción un tanto romántica y desesperada a un tipo de economía ferozmente concentradora de riqueza y privilegios. Si a alguien le disgusta hoy el discurso político con tonos populista, pues que culpe de ello menos a sus voceros y más a quienes, desde el poder y de tiempo atrás, cocinaron el caldo de cultivo en que surgió y se ha desarrollado esa visión justiciera de la política.

RESUMEN: “Si a alguien le disgusta el discurso político populista, pues que culpe de ello menos a sus voceros y más a quienes, desde el poder y de tiempo atrás, prepararon el caldo de cultivo en que surgió y se desarrolla.”